

**Guy de la Bédoyère: *Roman Villas and the Countryside*, B. T. Batsford & English Heritage, Londres, 1993
(143 pp. y 129 ilustrac. —16 en color—)**

Cuando uno acaba de leer un libro como el que humildemente pretendemos reseñar, una de las primeras impresiones que tenemos es, aparte del agrado general que supone el haber podido beneficiarnos de un trabajo útil y provechoso, una cierta pena e incluso «sana envidia» por la práctica inexistencia de obras semejantes en España, y lo decimos tanto a nivel general, por el tipo y concepción del trabajo, como específico, por el tema tratado.

Respecto a lo primero, la obra podría clasificarse como de «divulgación», pero no en el sentido excesivamente simplista y vulgarizador con que este tipo de trabajos son entendidos en nuestro país, normalmente planteados como «de segunda fila» y, por demasiado obvios, de escaso o nulo interés para los especialistas en el tema, sino como lo que podríamos denominar «divulgación de nivel», apta tanto para el público en general (uso de redacción corrida que prescinde del farragoso aparato crítico en favor del empleo de otras herramientas, posiblemente más útiles que la primera, tales como bibliografía clasificada y comentada, glosario, índice analítico, guía de los principales yacimientos visitables, y abundantísimas ilustraciones, especialmente excelentes reconstrucciones), como también para los investigadores especializados, que hallarán aquí no sólo un selecto y actualizado resumen de lo que actualmente se conoce sobre el asunto, sino también una adecuada contextualización e interpretación de la información disponible que intenta averiguar y explicar el porqué de las cosas, implicando que la obra sea mucho más que una mera guía o catálogo informativo. Es precisamente en este último sentido en el que más echamos de menos aquí este estilo británico de «divulgación», del que son buena muestra alguna series y colecciones tales como la *Shire Archaeology* (Shire Publications, Aylesbury) o bien esta misma de English Heritage (Batsford, Londres) en que se incluye la obra presente. De todos modos, y en descargo de la «divulgación» española, también tenemos que decir que este tipo de obras sólo son posibles cuando existe por detrás un extenso conjunto de investigaciones especializadas, sobradamente variado, profundo y contrastado, algo que solo ocurre en muy contadas ocasiones. Por otro lado, también es verdad que parte del éxito de este libro quizás sea mérito exclusivo del autor, procedente de un ámbito extrauniversitario que posiblemente le faculte unas buenas dotes de comunicación con el lector (trabaja para la BBC británica), y que cuenta además con una contrastada experiencia en este tipo de trabajos, todos ellos dedicados al estudio de diversos aspectos generales de la arqueología britanorromana e igualmente publicados por Batsford: *The finds of Roman Britain* (1989) —recensionado éste por E. Rey Seara en *Gallaecia*, 12, 1990, pp. 391-393—, *Buildings of Roman Britain* (1991) y *Roman Towns in Britain* (1992).

Respecto a lo segundo, consideramos muy apropiado el enfoque con que el autor plantea un tema, el del mundo rural romano, difícil de abordar a nivel general dada la parcialidad del registro arqueológico y, en consecuencia, poco tratado y normalmente relegado a un segundo plano en favor del elemento esencial de la civilización clásica, o sea, el mundo urbano. Tal como indica el propio autor en la Introducción (p. 9), «este libro adopta un punto de vista histórico, trazando el desarrollo del campo romano en todos sus aspectos desde sus orígenes prehistóricos hasta el período post-romano», superando así el peligro de una perspectiva exclusivamente arqueográfica y recordándonos que el fin último de la arqueología no se agota en el estudio intrínseco de los propios documentos materiales, sino que, trascendiendo éstos, constituye «otra manera de hacer Historia». Este enfoque

no sólo es el más adecuado para una obra de «divulgación (entendida en el sentido antes reseñado) como ésta, sino que además entronca perfectamente con las últimas tendencias de la investigación en el ámbito rural romano. Así, en efecto, los estudios «clásicos» aportan una visión quizás demasiado restringida sobre el tema, incidiendo especialmente en aquellos aspectos más llamativos y mejor conocidos, ya desde antiguo, sobre el campo romano, tales como son las *villae*, comunmente abordadas desde un punto de vista exclusivamente arqueográfico —tipologías, aspectos constructivos y/o decorativos, etc.— del que es buena muestra el trabajo de M. C. Fernández Castro: *Villas romanas en España* (Madrid, 1982), por citar una de las obras más conocidas y utilizadas en nuestro país. El campo romano provincial es sin embargo, tal como pretende demostrar el libro que nos ocupa, mucho más que esto: por un lado, las gentes rurales efectivamente viven en *villae*, convencionalmente entendidas como confortables y/o lujosas casas de campo, pero también en modestas granjas (algunas prácticamente indiferenciables de sus precedentes indígenas, otras romanizadas en diverso grado), asentamientos indígenas, y también en «villages» (aldeas agropecuarias), en muchos casos difícilmente discernibles de los pequeños aglomerados pre o proto-urbanos («small towns», *vic*). Por otro, la percepción del campo como exclusivamente agrícola tampoco es totalmente real: la explotación pecuaria o forestal ocupa un lugar destacado, siendo asimismo remarcable el papel jugado por las industrias rurales (esencialmente producciones cerámicas pero también metalúrgicas o textiles), las actividades religiosas (templos y santuarios rurales) y también las de índole comercial (ferias y mercados periódicos, relación con los centros de consumo). Son precisamente estos novedosos aspectos —granjas y aldeas, análisis espacial y uso de la tierra, socioeconomía rural— en los que más incide la investigación británica actual, como bien ejemplifican algunos trabajos recientes de los que sin duda este libro es deudor: D. Miles (Ed.): *The romano-british countryside. Studies in rural settlement and economy* (Oxford, 1982), K. Branigan y D. Miles (Eds.): *The economies of romano-british villas* (Sheffield, 1988), R. Hingley: *Rural settlement in Roman Britain* (Londres, 1989).

Contextualizados de este modo tanto la pertinencia del tipo de obra utilizado como la oportunidad y adecuación de planteamientos del tema elegido, resulta más fácil proceder a una breve reseña de sus contenidos. El libro, estructurado en ocho capítulos precedidos de una introducción, presenta un hilo conductor diacrónico (histórico, si se quiere, según palabras del propio autor citadas más arriba) que analiza la evolución y desarrollo del campo britano-romano desde sus precedentes prehistóricos inmediatos —pequeñas granjas indígenas de economía mixta diseminadas por los diferentes territorios tribales asociados a los *oppida* y «hillforts»— (Cap. 1), la emergencia durante el Alto Imperio de la primera *villae*, granjas, «villages» y quizás también dominios imperiales, todos ellos surgidos paralelamente al proceso de urbanización e integración política y social del territorio generado tras la conquista (Cap. 2), la consolidación y gran expansión del ámbito rural, en especial de las *villae*, ocurrida a lo largo de los siglos tercero y cuarto de nuestra era (Cap. 4), hasta el confuso proceso de continuidad y cambio que se produce en el medio rural durante el siglo quinto, a raíz de la invasión sajona y la desintegración política del Imperio (Cap. 8). Esta visión histórica aparece combinada e interrelacionada a lo largo de la obra con otros capítulos, de cariz más marcadamente sincrónico, que analizan en detalle, tanto geográfica como sectorialmente, aquellos aspectos considerados más relevantes y característicos del campo britanorromano: la especificidad de la ocupación rural en las zonas de dominio militar, en relación con la explotación de los recursos mineros y la pervivencia de los asentamientos indígenas en estas áreas marginales (Cap. 3), la sociedad rural: propietarios, trabajadores, niveles culturales y relación con la población urbana (Cap. 5), la economía rural: producción agrícola, pecuaria y forestal, industrias rurales, tributos y relaciones de mercado con los centros consumidores (Cap. 6) y, por último, la importancia de la religión fuera de los ámbitos urbanos, manifestada tanto en los centros culturales —desde pequeños y aislados templos hasta complejos y elaborados santuarios— como en las propias *villae*, especialmente en las necrópolis y mausoleos a éstas asociados (Cap. 7).

Son muchos y variados, en consecuencia, los aspectos del mundo rural britanorromano tratados en la obra, todos ellos merecedores de un justificado comentario que, por razones de espacio, no podemos realizar aquí. Baste con destacar algunas de las interpretaciones generales desarrolladas por el autor para explicar y comprender el porqué de determinadas evidencias arqueológicas. Así, entre otras, consideramos especialmente interesante la interpretación del conocido proceso bajoimperial de expansión y desarrollo arquitectónico de las *villae*—algunas de ellas tildadas incluso de «extravagantes» por el propio autor— en términos de acumulación e inversión de riqueza, riqueza que además es generada mayoritariamente en el propio campo a través del incremento de la productividad agropecuaria, el desarrollo de las industrias rurales y la consolidación de los mercados, implicando en consecuencia que el medio rural se convierta en un lugar no sólo agradable, sino también conveniente y provechoso para vivir. Un razonamiento semejante, pero a la inversa, sirve igualmente para explicar el porqué de la construcción de determinados palacios rurales —Fishbourne es el mejor ejemplo— en fechas tan precoces como la segunda mitad del s. I d. C., pocos años después de haber finalizado la conquista: lejos de implicar un rápido y considerable nivel de desarrollo de los nuevos modelos de economía agropecuaria romana, han de ser considerados como el reflejo arquitectónico de la acumulación de poder, en este caso de índole política y quizás también comercial, en manos de la aristocracia indígena y/o la oficialidad romana.

Pocas críticas podemos hacer, desde nuestra perspectiva, a los contenidos de la obra y, en todo caso, éstas se centran en las ausencias más que en las propias presencias. Así, por ejemplo, nos llama la atención que no se haga ninguna mención a la existencia de catastros y centuriaciones en Gran Bretaña, con lo que éstas implican a nivel de distribución, uso y propiedad de la tierra, relación con las ciudades y, en suma, conformación del paisaje rural. Bien es verdad que las centuraciones de modulación clásica son pocas —el único caso bien atestiguado hasta la fecha es el de *Venta Icenorum*, en Norfolk—, pero no así los catastros regulares no centuriados —presentes en Nottinghamshire o en la región de Essex—, todos ellos merecentes, en todo caso, siquiera de un reducido análisis y comentario (véase al respecto las obras de G. Chouquer y F. Favory: *Les Paysages de l'Antiquité. Terres et cadastres de l'Occident romain*, París, 1991, pp. 171-174 y *Les arpenteurs romains. Théorie et pratique*, París, 1992, pp. 166-167). Por otra parte, aunque consideramos perfectamente correcta la identificación y estudio de las «villages» —aldeas agropecuarias—, echamos de menos la ampliación del análisis a algunas otras categorías inferiores de «small towns» que, si bien su entidad no se restringe exclusivamente al ámbito agropecuario, sí que funcionan como auténticos centros rurales tanto a nivel económico —lugares de mercado y/o producción de manufacturas— como social e ideológico —concentración de las actividades religiosas— (cifrese sobre esto el excelente libro de B. C. Burnham y J. Wachter: *The small towns of Roman Britain*, Berkeley/Los Angeles, 1990, *passim*), máxime cuando varios de estos asentamientos (Brampton, Nettleton, Harlow) sí que son individualmente abordados a la hora de estudiar los aspectos económicos y religiosos señalados.

Una obra, en resumen, de gran utilidad tanto para los que simplemente desean iniciarse o ampliar sus conocimientos en este atrayente sector de la arqueología britano-romana, como para los propios investigadores especializados en el estudio del medio rural romano provincial, y no sólo para los que se ocupan de *Britannia*. En este sentido, hemos de confesar que nuestra lectura siempre estuvo mediatizada por el anhelo de encontrar modelos genéricos de poblamiento y ocupación rural romana que pudiesen ser aplicables a otro finis terre atlántico como es el caso del Noroeste hispánico, en cuyo estudio estamos actualmente embarcados. El trabajo presentado por Guy de la Bédoyère también respondió más que satisfactoriamente a las expectativas iniciales planteadas en esta dirección.

Fermín Pérez Losada

(Fac. de Humanidades de Ourense. Univ. Vigo)